

ficios como Minería y otros que por su solidez y belleza arquitectónica, «podían hermopear las mejores calles de París, de Berlin ó de Petersburgo.»

La situación de la capital fué adquiriendo nuevo aspecto con el transcurso de los años, pues las aguas dejaron de correr por algunas de sus calles y de circundar la ancha circunferencia de sus murallas. La grandiosa obra del desagüe de Huehuetoca, unida á otras muchas causas, han hecho que las aguas se hayan retirado al lago de Texcoco, también notablemente disminuido, y las calzadas que al principio atravesaban por encima de la laguna, no se distinguen de las demás entradas de la capital; pero aunque la ciudad fué hermoandose sucesivamente con los trabajos emprendidos por los diversos vireyes, «la magnificencia y la simetría de su plan, dice Prescott, dan testimonio de la policía previsora de su fundador, que dirigió sus miradas mas allá de su época á las necesidades de las generaciones venideras (1).»

(1) Los que no conocen la actual ciudad de Méjico y han leído la posición que guardaba la capital de los emperadores aztecas, presentándola edificada en medio de un lago, como realmente se hallaba, y comunicándose con el continente solo por medio de calzadas, se asombrarían, si la visitasen hoy, de ver que el centro de la ciudad dista del lago de Texcoco 4,500 metros, y cerca de mil del lago de Chalco; cambio proveniente de la disminución de agua que ha tenido el primero. Cuando Hernan Cortés llegó á Méjico, y mucho tiempo después de tomada la capital, los lugares de Iztapalapan, de Coyohuacan, Tacubaya y Tacuba, se encontraban próximos á las orillas del lago de Texcoco. El caudillo español dice en su segunda carta escrita á Carlos V, que la mayor parte de Coyohuacan, de Churubusco, de Iztapalapan, de Mexicaltzingo, de Mixcoac y de Cuitlahua, se hallaban edificadas en el agua sobre estacas, de manera que las canoas podían entrar por una puerta inferior. Respecto de la capital decía que: «La gran ciudad de Tenxtitán está fundada en medio del lago sa-

No se limitaba el cuidado del caudillo español á solo el engrandecimiento de la capital y al bien de sus habitantes, sino que se extendía á todas las provincias unidas á la corona de España. Había enviado, por distintos rumbos, personas inteligentes que le informaban del clima, posición y riqueza de cada Estado, y meditaba nuevos planes y descubrimientos, reconociendo las costas del Pacífico. Deseando afirmar el poder del trono de Castilla en los vastos territorios que habían prestado vasallaje al rey de España, fundó á San Estéban en las riberas de Atlántico, próximo, sin duda, al sitio que ocupa actualmente Tampico; á Colima, en el extenso territorio de Michoacán; á Zacatula en las márgenes del falsamente llamado Pacífico; á Medellín, cerca de Veracruz, nombre de la villa en que había nacido; y un puerto próximo al río de la Antigua, del cual procede su nombre.

Construidos los suntuosos edificios que embellecían la capital, Hernan Cortés pasó en 1523, á vivir en ella con toda la gente que hasta entonces había permanecido en Coyohuacan. Las familias españolas que, según Gomara,

lado, el cual tiene sus mareas como el mar: desde la ciudad hasta la tierra firme, hay dos leguas por cualquiera parte que se quiera entrar. Cuatro calzadas ó malecones conducen á la ciudad.» El barón de Humboldt cree que el cerrito de Chapultepec, sobre el cual levantó un castillo el virey conde de Galvez, y en el que actualmente se halla el edificio de recreo de los presidentes de la república, habiendo sido antes Colegio militar, aunque en el tiempo de Cortés no formaba ya una isla en el lago de Texcoco, debió haber sido algunos años antes de la llegada de los españoles, un islote semejante al Peñón del Marqués y al de los Baños. Las observaciones geológicas que se han hecho hacen probable que las lagunas fueron disminuyendo sus aguas mucho tiempo antes de haber sido descubierto por Cortés el país de Anáhuac.

llegaron en pocos años á dos mil, ó sean diez mil personas, ocuparon las calles próximas á la plaza mayor; y los mejicanos, cuyo número estima Hernan Cortés en «treinta mil vecinos,» que equivale á ciento cincuenta mil almas, se estableció en la parte de Tlatelolco, y en los distintos barrios que estaban fuera de la planta.

1523
Enero. Mientras Hernan Cortés se ocupaba con laudable celo, del embellecimiento de la capital y del buen orden y adelanto de las ricas provincias que había agregado á la corona de España, una nueva expedicion, mandada por el adelantado D. Francisco de Garay, había llegado á la Provincia de Pánuco, haciendo saber que iba provisto de las licencias reales, para gobernar la expresada provincia y los demás pueblos que no hubiesen sido ocupados. La flota de Garay, compuesta de trece buques, en que llevaba una fuerza de ciento veinte ginetes, cuatrocientos infantes, arcabuceros y ballesteros en su mayor parte, y mucha artillería, se presentó en el rio Pánuco, cerca de la poblacion de San Estéban del Puerto que, como he dicho en páginas anteriores, había mandado fundar Hernan Cortés en aquel punto. Garay había salido de la isla de Jamaica, que se hallaba encomendada á su gobierno, deseoso de extender su mando por las fértiles provincias del bello país de que había oido hacer seductores elogios. Juzgándose con derecho para gobernar el territorio del Pánuco, envió á la plaza de San Estéban del Puerto, á un capitán, con otros comisionados, haciendo saber al jefe de la plaza su nombramiento, y exigiendo, como gobernador y adelantado de aquella provincia, que se le prestase obediencia. Mandaba la ciudad, por nombra-

miento de Cortés, Pedro de Vallejo, hombre de talento y muy adicto á su general. Recibió á los comisionados con las mas altas consideraciones, manifestando su profundo respeto hácia las disposiciones del monarca; pero indicando que nada podía hacer hasta que se examinasen los despachos por el jefe que le había confiado el cargo que desempeñaba.

Entre tanto Francisco de Garay, tratando de darse á conocer como legítima autoridad entre los naturales de la provincia y procurando halagarles, les prometía librarles del rigor despótico de Hernan Cortés, vengándoles de los daños que habían recibido en la campaña pasada. Falto de prudencia, les invitaba á que se uniesen á él para arrojar del territorio á los soldados que había dejado el caudillo español, y derrotar á los que enviase para combatirles (1).

El jefe de la plaza, Pedro Vallejo, puso inmediatamente en conocimiento de Hernan Cortés lo que pasaba, haciéndole saber, al mismo tiempo, que los naturales empezaban á manifestar un espíritu de insurreccion imponente, y denunciándole algunos desmanes cometidos por la gente de Garay.

Alarmante fué para el caudillo español la noticia reci-

(1) «Se titulaba de gobernador de aquella tierra, y que así se lo hacia decir á los naturales con una lengua que consigo traia; y que les decia que les vengaría de los daños que en la guerra pasada de mí habían recibido, y que fuesen con él para echar de allí aquellos españoles que yo allí tenia, y á los que más yo enviase, y que los ayudaría á ello, y otras muchas cosas de escándalo.»—Cuarta carta de Cortés á Carlos V.

bida. La autoridad no la ejercia aun por disposicion de la corona, y acaso iba á verse obligado á poner en manos de otro, que ningun servicio habia prestado á la patria, los vastos y numerosos señoríos que á fuerza de constancia, de trabajos y de heroismo, habia logrado convertir en provincias españolas. Sin embargo, su espíritu no desmayó por este nuevo contratiempo, que se presentaba amenazando robarle su gloria y el premio á sus esfuerzos. Hacia algunos dias que se hallaba bastante malo de un brazo á causa de un golpe recibido del caballo, pero olvidando sus dolencias físicas por los deberes del gobernante, dispuso marchar á verse con Francisco de Garay, á fin de evitar que los naturales se insurreccionasen, y tratar con él lo que más conveniente fuese al servicio del rey y del país.

Para no perder un solo instante de tiempo, envió por delante á Pedro de Alvarado con alguna fuerza, á la cual debia seguir dentro de dos dias.

No podia haber acaecido la llegada de Francisco de Garay en circunstancias mas penosas para el caudillo español. Llevaba, como él mismo dice á Carlos V, «sesenta dias de no dormir,» y los sufrimientos del brazo eran terribles, como era incesante el trabajo intelectual á que se entregaba para el buen arreglo de los negocios públicos.

En los momentos en que se disponia á dejar la capital para ponerse en camino, se presentó un mensajero de la Villa-Rica de la Veracruz, con unas cartas llegadas de España en un buque de la misma nacion. Era media noche. Hernan Cortés abrió los pliegos, y al recorrer con la vista el contenido de uno de ellos, irradió en su semblante

la alegría. Aquel pliego era una cédula del emperador Carlos V, en que ordenaba que nadie disputase sus derechos á Cortés, á quien desde aquel momento investia con el mando de las provincias que le estaban sujetas.

El caudillo español veia al fin asegurada firmemente su autoridad. Nada tenia que temer de sus enemigos. Nadie podia arrebatarle ya la gloria adquirida. Habia alcanzado el premio de sus servicios en los instantes mas precisos. Aquel nombramiento le salvó de emprender una marcha «poco provechosa á su salud,» dice en su cuarta relacion, y acaso de la muerte, pues «á partirme en aquella sazón, no habia de mi vida mucha seguridad.» Sin embargo, agrega revelando el animoso espíritu que le distinguia, «todo lo posponia á mi deber, y tenia por mejor morir en esta jornada, que por guardar mi vida ser causa de muchos escándalos, alborotos y muertos.»

Despachó sin tardanza, con el mandato real, á Diego de Ocampo, alcalde mayor, para que notificase con ella al adelantado Francisco de Garay, encargándole que no retardase en poner en su conocimiento la contestacion que diese. El resultado de esta comision fué, como era de esperarse, lisonjera para Hernan Cortés. El adelantado Francisco de Garay, al ver la cédula enviada al caudillo español por el monarca, dijo que estaba dispuesto á obsequiarla, volviendo á reembarcarse con su gente. Con efecto trató de verificarlo; pero al hacerlo, se halló sin ejército. La mayor parte de los soldados, deseando quedarse en un país que tenia notable semejanza con el de la madre patria, se dirigieron á diversas poblaciones de la provincia,

negándose á volver al punto de donde habian salido. Alegaban, para no obedecer la órden de su jefe, que el compromiso contraido por ellos habia sido marchar al Pánuco; que se hallaban en él, y que por lo mismo no estaban en la obligacion de volver con su general á Jamaica. El adelantado, viéndose sin gente y abandonado, escribió á Hernan Cortés dándole cuenta de la crítica posición en que se hallaba. El caudillo español le contestó con una carta afectuosa ofreciéndole todo lo que juzgase necesario. Habian sido amigos en la isla de Cuba, y le recordaba en ella sus lazos de amistad, asegurándole que ésta no se habia amortiguado por las diferencias que habian tenido. Hernan Cortés terminaba su carta invitándole á que pasase á Méjico, ofreciéndole tratar con las consideraciones debidas al amigo y al rango que ocupaba. El adelantado, agradecido á las atenciones del general castellano, resolvió marchar á la capital para visitarle, y se puso inmediatamente en camino. Hernan Cortés, al saber la resolucion de Garay, mandó que en todas las poblaciones por donde pasase, le tratasen con distinguido acatamiento y que le facilitasen cuanto fuese necesario. Cuando estuvo cerca de la capital, salió el caudillo español á recibirle con los capitanes mas distinguidos, y le alojó en uno de los espaciosos palacios que habia mandado edificar para sí. La conducta observada por el caudillo español con el adelantado, fué noble y generosa. «Le recibió, como dice el conquistador á Carlos V, con toda la voluntad y buenas obras que se requerian y pudo hacerle, como lo hubiera hecho con un hermano verdadero, y sintiendo el abandono en que le habia dejado su gente, le ofreció servirle con todo lo que

á su alcance estuviera, con toda la sinceridad de un verdadero afecto (1).»

Reanudada la amistad de una manera firme entre el agradecido adelantado y Hernan Cortés, el primero suplicó al segundo, que dejase á Pánfilo de Narvaez volver á Cuba, donde tenia á su esposa y sus intereses. El caudillo español, llevado de sus generosos sentimientos y deseando obsequiar la súplica de Garay, no sólo accedió á ella, sino que auxilió á su antiguo contrario con dos mil pesos de oro, para que pudiese hacer cómodamente sus viajes. Pánfilo de Narvaez se manifestó profundamente agradecido á la generosidad del caudillo español, y le prometió serle siempre leal y vivir reconocido á sus favores. A su tiempo veremos la manera con que correspondió á los favores de Cortés.

Aunque el adelantado Francisco de Garay prescindió de sus pretensiones desde el instante que vió la cédula del monarca en favor del conquistador de Méjico, no por esto dejó de causar funestas consecuencias su expedicion. Los soldados, como he dicho, se negaron á volver á Cuba; y para evitar á que se les obligase á ello, se derramaron en pequeñas partidas, por la provincia de Pánuco, habitando en los pueblos de los indios, á considerables distancias unos de otros. No reconociendo por jefe á ninguno de los capitanes de la expedicion, los soldados se entregaron á la licencia, apoderándose del maíz y de las gallinas que tenían los habitantes, y cometiendo otros excesos no menos reprobables. Exasperados los indios con los desmanes de

(1) Cuarta carta de Cortés.

sus huéspedes y viéndolos descuidados y esparcidos, tomaron la determinación de apoderarse de ellos y sacrificarlos. Puestos de acuerdo los caciques de las diversas poblaciones, armaron numerosos escuadrones que cayeron simultáneamente sobre las partidas de españoles, que vivían sin pensar en el peligro. Entonces empezaron las terribles escenas de sangre y de matanza. Los indios, sorprendiendo en cada pueblo á los descuidados castellanos, se apoderaron de ellos y los sacrificaron á sus dioses. Mas de quinientas fueron las víctimas españolas inmoladas en breves días á las sangrientas divinidades. Pueblo hubo en que sacrificaron mas de cien castellanos juntos. En otro, llamado hoy Tanjuco, quemaron á cincuenta y dos dentro de una casa, y el resultado de la carnicería lo celebraron con grandes banquetes en que las viandas principales fueron los brazos y piernas de los sacrificados (1).

Viendo la facilidad con que se habían apoderado de los hombres blancos, reunieron sus numerosos escuadrones y atacaron con ímpetu terrible la villa de San Estéban del Puerto, poblada de gente de Hernan Cortés. El comandante de ella, Pedro de Vallejo, alentó á sus soldados y rechazó á los contrarios en los repetidos asaltos que le dieron

(1) «Y como aquello vieron los indios de aquella provincia, se concertaron todos á una de los matar, y en pocos dias sacrificaron y comieron más de quinientos españoles, y todos eran de los de Garay, y un pueblo hubo en que sacrificaron más de cien españoles juntos, y por todos los demás pueblos no hacían sino, á los que andaban desmandados, matarlos y comer y sacrificar... y estaban tan furiosos que quemaron una noche cuarenta españoles.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

noche y dia. Comprendiendo que en las críticas circunstancias en que se encontraba la guarnicion, la única manera de infundir respeto al enemigo, era salir á combatirle en vez de esperarle encerrado, manifestando así segura confianza en el triunfo, marchó al sitio en que los jefes indios se hallaban acampados. Los escuadrones indígenas lanzaron horribles alaridos de alegría al ver el corto número de españoles que se acercaba á ellos, lisonjeándose de poder ofrecer bien pronto nuevas víctimas á sus dioses. Las trompetas y caracoles marinos dieron la señal de acometida, y los indios se lanzaron como fieras sobre sus contrarios. El jefe español les recibió con una descarga de artillería que, abriendo anchos claros en las filas enemigas, detuvo su marcha, y acto continuo cargó con la caballería, derribando á los que osaban hacerle frente. Los indígenas, lejos de intimidarse, se precipitaron como un torrente sobre los españoles con mayor furia, cercándoles por todas partes y oprimiéndoles con su número. La lucha fué sangrienta; pero la victoria se decidió al fin por los castellanos. Poco, sin embargo, consiguieron mejorar su situación con este triunfo. Los jefes indios estaban resueltos á no abandonar la empresa, y estrecharon con mayor número de gente la plaza. Era imposible que la corta fuerza española resistiese por mucho tiempo. Carecia de recursos, y éstos solamente los podia recibir de Méjico, donde no se tenia noticia de aquella sublevacion. El valiente capitán Pedro de Vallejo alcanzó otras dos victorias sobre los ejércitos indígenas, aunque la última le costó la vida, pues herido mortalmente, espiró á las pocas horas. Entre tanto habia llegado á Méjico uno de los soldados que habia logrado es-

capar de la matanza general, verificada en el instante del levantamiento, y puso en conocimiento de Hernan Cortés el sangriento fin de sus compañeros y la aflictiva situacion en que debía encontrarse la guarnicion de la villa de San Estéban del Puerto.

La noticia afectó profundamente al caudillo español; se imaginó que aun la poblacion defendida por Pedro de Vallejo habia caido en poder de los sublevados y que nadie quedaba con vida. Entonces vió Francisco de Garay las terribles consecuencias que habia producido su expedicion, y comprendió que habia andado desacertado al aconsejar á los indios que se armasen y uniesen á él para arrojar de la provincia de Pánuco á las tropas de Cortés. Reflexionó que sus palabras habian dado á conocer á los jefes indios que la discordia reinaba entre los dos generales españoles, y que se habian aprovechado de la desunion para sublevarse. La provincia hasta su llegada se mantuvo tranquila. La mayor parte de sus pueblos, como hemos dicho ya en otro capítulo, habian solicitado de Cortés que les enviase españoles para que habitasen en su territorio, mientras otros, considerándose impotentes para resistir, juraron fidelidad al soberano de Castilla (1). Lejos de manifestarse disgustados con la alianza establecida, se habian manejado bondadosamente con los castellanos, quienes no recelando alzamiento ninguno, vivian llenos de confianza, en diversos pueblos, correspondiendo leal-

(1) «Y el dicho adelantado sintió tanto esta nueva, que así por le parecer que habia él sido causa dello, como porque tenia en la dicha provincia un hijo suyo con todo lo que habia traido.»—Cuarta carta de Cortés.

mente á la excelente disposicion de los naturales (1).

Hernan Cortés se propuso reducir al orden á los sublevados y castigar severamente á los caudillos que habian hecho perecer á los españoles. No creia que podia disculpar la sublevacion y la matanza cometida, el que algunos soldados de los de Garay hubiesen cometido excesos reprehensibles. Juzgó que debian haberse quejado de ellos al comandante Pedro de Vallejo, puesto por él, al cual les habia dicho que ocurrieran siempre que necesitasen ser defendidos, y no verter la sangre de todos, y muy especialmente la de los que entre ellos vivian pacíficamente, por las vejaciones cometidas por quienes andaban prófugos. Creyó que era indispensable que el derecho de autoridad quedase establecido, sin dejar al arbitrio de las masas el tomar justicia por sí mismas, pues fácilmente podrian abusar, convirtiéndose en arbitrarias y vengativas.

Hernan Cortés hubiera querido ir personalmente á pacificar la proviucia sublevada; pero continuaba muy malo de su brazo, y confió la campaña á Gonzalo de Sandoval, cuya prudencia, valor, recta justicia y nobles sentimientos le eran bien conocidos. Puso á sus órdenes cien infantes españoles, arcabuceros y ballesteros la mayor parte; cincuenta ginetes, cuatro piezas de artillería, con abundancia de municiones, y dos cuerpos de mejicanos, de quince mil

(1) «Así creia que habian dado en la gente que estaba en el pueblo, y en todos los demás que estaban derramados por los pueblos, porque estaban muy sin sospecha de tal alzamiento, viendo cuán sin ningun resabio hasta allí les habian servido.»—Cuarta carta de Cortés.